

EL CAMINO DE JESÚS Y DEL DISCÍPULO HACIA LA PASCUA (IV):
Contemplar el Incomparable Amor de Dios en el Crucificado
Juan 3, 14-21

*“Mire la muerte para que la muerte nada valga...
En la muerte de Cristo murió la muerte;
porque la Vida muerta mató la muerte,
la plenitud de la Vida devoró la muerte;
la muerte fue absorbida en el cuerpo de Cristo”
(San Agustín)*



“Y aunque tinieblas padezco
en esta vida mortal
no es tan crecido mi mal
porque si de luz carezco
tengo vida celestial
porque el amor da tal vida
cuando más ciego va siendo
que tiene al ama rendida
sin luz y a oscuras viviendo.

Hace tal obra el amor
después que le conocí
que si hay bien o mal en mí
todo lo hace de un sabor
y al alma transforma en sí
y así en su llama sabrosa
la cual en mí estoy sintiendo

apriesa sin quedar cosa,
todo me voy consumiendoy”
(San Juan de la Cruz)

Introducción

El Evangelio de este domingo nos presenta la parte final del diálogo de Jesús con Nicodemo, el Maestro de la Ley, Fariseo y Magistrado judío que vino a ver a Jesús de noche. Aquí Jesús aborda el tema de la luz que disipa las tinieblas. Por cierto, una bella conclusión para el encuentro nocturno.

En la Vigilia Pascual, con el símbolo de la luz, proclamaremos la victoria del Crucificado Resucitado. La misión de Jesús se cumple totalmente: él es la verdadera luz que ha venido al mundo (Jn 1,9).

Pero, ¿de dónde proviene la luz? Ciertamente de la persona misma de Jesús. Pero es ante todo de la Cruz, allí donde la locura de amor del Padre por su humanidad de hizo tangible en la entrega absoluta del Hijo. Esta manifestación –epifanía– del amor del Padre y del Hijo, buscando salvar a la humanidad, tiene como referente concreto la encarnación, una encarnación que va hasta las últimas consecuencias.

Este amor salvífico del Padre que nos abre sus brazos en el Crucificado iluminando hasta el fondo nuestros corazones, nos envuelve con todos sus efectos vivificantes cuando le abrimos el corazón por la fe.

Vamos a leer hoy uno de los pasajes quizás más proclamados sobre la grandeza del amor de Dios en el Crucificado.

1. El texto y su contexto

Leamos Juan 3,14-21:

*¹⁴Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto,
así tiene que ser levantado el Hijo del hombre,
¹⁵para que todo el que crea tenga por él vida eterna.
¹⁶Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único,
para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.
¹⁷Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo,
sino para que el mundo se salve por él.
¹⁸El que creee en él, no es juzgado;
pero el que no cree, ya está juzgado,
porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios.
¹⁹Y el juicio está en que vino la luz al mundo,
y los hombres amaron más las tinieblas que la luz,
porque sus obras eran malas.
²⁰Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz,
para que no sean censuradas sus obras.
²¹Pero el que obra la verdad, va a la luz,
para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios”.*

Como anotamos hace un momento, este pasaje corresponde a la última parte del diálogo de Jesús con Nicodemo (Juan 3,1-21).

En el centro de la catequesis de Jesús a Nicodemo se ha escuchado la enseñanza según la cual, para poder entrar en el Reino de Dios, se requiere un comienzo completamente nuevo: ***“En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios... El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios”*** (3,3.5).

Jesús deja que claro que nosotros no nos podemos darnos la vida, la vida siempre es dada. Por eso, para el nuevo comienzo, se requiere el bautismo del poder creador de Dios.

Sigue entonces la pregunta de Nicodemo: ***“¿Cómo puede ser eso?”*** (3,9). Es decir, ¿qué tenemos que hacer para recibir este don?

La respuesta viene en doble dirección: (1) en primer lugar es una obra de Dios por nosotros; (2) de parte del hombre lo que se requiere es el “creer en el Hijo de Dios”. La conexión entre “nuevo nacimiento” (por parte de Dios) y “creer” (por parte del hombre) está también claramente afirmado en:

- El prólogo del Evangelio: ***“Pero a todos los que la recibieron [la Palabra] les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre... sino que nació de Dios”*** (1,12-13).
- La Primera carta de Juan: ***“Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios”*** (5,1).

La catequesis de Jesús en Juan 3,14-25 da los siguientes pasos:

- (1) El don de la vida en el Hijo Exaltado (3,15-18)
- (2) La respuesta humana: ir a la luz o encerrarse en las tinieblas (3,19-21).

El pasaje va entrelazando de una forma maravillosa lo que Dios “hace” por el hombre para darle la vida en plenitud y lo que el hombre debe “hacer” para que esto sea una realidad en él.

Releamos el texto.

2. El don de la vida en el Hijo Exaltado (3,15-16)

2.1. El hombre ante la realidad de la muerte

El pasaje comienza con la evocación de uno de los momentos más difíciles de la travesía del pueblo de Dios en el desierto: el episodio de las serpientes, narrado en Números 21,6-9. Antes de esto el pueblo se preguntaba: ***“¿Por qué nos habéis subido de Egipto para morir en el desierto? Pues no tenemos ni pan ni agua, y estamos cansados de este manjar miserable”*** (21,5).

De esta forma se pone en primer plano el tema de la muerte:

- ¿Tenemos posibilidad de evitar una muerte imprevista y miserable?

- ¿Cómo mantener y asegurar nuestra vida?

Algo más busca todo hombre. Decía al respecto la inolvidable poetisa barranquillera Meira Delmar: “La muerte no es quedarme / con las manos ancladas / como barcos inútiles / a mis propias orillas, / ni tener en los ojos, / tras la sombra del párpado / el último paisaje / hundiéndose en sí mismo”.

Pues bien, Dios interviene en función de la vida, nos dice el pasaje del libro de los Números: “**Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y este miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida**” (21,9). Fue ante todo una obra salvífica de Dios, como efectivamente interpreta el libro de la Sabiduría: “Y el que a ella se volvía, se salvaba, no por lo que contemplaba, sino por ti, Salvador de todos” (16,7). A Dios le duele la muerte del hombre y quiere hacer algo.

2.2. Cómo responde Dios

El episodio de la serpiente de bronce aclara el significado del Hijo del Dios levantado sobre la cruz:

¹⁴Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, ¹⁵para que todo el que crea tenga por él vida eterna”.

Con ello se quiere decir: Aquel que es exaltado sobre la cruz no es una persona que cae una desgracia. Todo lo contrario, Dios ha establecido que el Crucificado sea el símbolo de la salvación, la fuente de la vida. La Cruz es “Fons Vitae” (Fuente de Vida).

Que sea contemplado

La reacción de uno frente a un muerto (y ni se diga frente a un ajusticiado en una cruz), es quitar la mirada. Pues bien, no hay que quitar la mirada de Jesús ni tratar de olvidar su crucifixión. Hay que levantar la mirada hacia él y reconocerlo como nuestro salvador. No hay otro camino para la vida, ni otra posibilidad de sustraerse de la muerte si no es en Él.

La unión de nuestra vida con la suya. Él es nuestra vida. Esta comunión la obtenemos creyendo en Él, que es el Crucificado, abandonándonos completamente en él. De hecho, confiando en el Crucificado:

- Reconocemos el amor desmedido de Dios
- Nos insertamos en la esfera de acción de su potencia vivificante.

2.3. Todo proviene del Padre

Detrás del Crucificado está el mismísimo Dios. Él lo ha dado y mandado por amor a la humanidad entera, preocupándose por su salvación: “**Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único,**

para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (3,16).

Para quien ve la cruz de Jesús desde fuera lo que puede ver es que ella es (1) el signo de cómo los hombres lo sometieron a su poder, (2) de cómo Dios lo había abandonado y (3) de cómo la crueldad humana había triunfado sobre sus reivindicaciones y sus obras.

Pero esto no es así. Dejando claro que Dios ha enviado a Jesús y que ha sido él quien ha establecido su camino, la Cruz adquiere otro significado. Ya no es vista desde su lado tenebroso sino desde su lado luminoso: se convierte en el símbolo del amor de Dios que no tiene límites. En la cruz del Hijo, se demuestra:

- Cuán lejos va Dios en su amor y
- Cuán lejos va Jesús en su puesta en juego por nosotros los hombres.

2.4. Una nueva revelación sobre el amor

Amor significa, ante todo, interés por el otro, participación en su realidad, solicitud y preocupación en sus necesidades, estarse y jugársela toda por él. El amor siempre quiere el bien del amado y trata de favorecerlo en todas las formas posibles. Para quien ama, el camino y el destino de la persona amada no le son indiferentes, más bien compromete todas las propias fuerzas para hacer posible que ella viva con gozo y plenitud.

¿Esto le cabe al amor de Dios? Es decir:

- ¿Dios ha creado al mundo y después lo ha dejado abandonado?
- ¿Dios se preocupa por nosotros y por nuestro destino, por cómo estamos y de dónde vamos a parar?
- ¿Estamos abandonados al arbitrio de nuestro prójimo y al inexorable juego de las leyes de la naturaleza?

Es verdad que mientras logramos mantener la cabeza fuera del agua, todo va bien; pero nos vamos al fondo, todo se ha acabado y no hay curación. ¿Cuál es nuestra verdadera situación?

Ahora bien, el Crucificado nos da la respuesta: ¡Dios ama al mundo y quiere su salvación! Su amor tiene una intensidad y una medida tal, que si fuera posible, se podría decir: ¡Dios ama al mundo, a nosotros los hombres, más que a su propio Hijo! No se ha apartado del mundo dejándolo a sí mismo: ***“Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (3,17).***

Y aquí viene lo más sorprendente: Dios se interesa de tal manera por su amada humanidad que es capaz incluso de abandonar a su propio Hijo, de darlo en don. Dios manda a la humanidad a este Hijo, a quien le ha dado todo su amor y con quien ha vivido en la más profunda intimidad en la eternidad (ver Jn 1,1-2).

Dios no se lo reserva para sí mismo (o “no lo perdona”; ver Rom 8,32), sino que más bien lo expone a los peligros de esta misión, consiente de que puede caer en manos de los malhechores, de terminar como víctima de su ceguera y crueldad y ser crucificado.

Nosotros tenemos tanto valor para Dios, que pone en riesgo a su propio Hijo por nosotros. Dios considera que es tan necesario el que seamos redimidos de la perdición, que seamos preservados de la ruina y conducirnos a la plenitud de la vida, que se dirige a nosotros a través de propio Hijo. Y el Hijo viene para ocuparse de nosotros personalmente, para mostrarnos el camino de la salvación, para conquistarnos a la comunión con él y a la vida eterna.

3. La respuesta humana: ir a la luz o encerrarse en las tinieblas (3,19-21).

Toda la primera parte de este pasaje acentúa el “don”. Pero veamos ahora la otra cara de la moneda: ¿Cómo podríamos acoger espontáneamente y llenos de entusiasmo la luz esplendorosa de este amor de Dios? ¿Cómo correr al encuentro de esta luz, apoyándonos en su fuerza dadora de vida?

Dios revela una increíble solicitud por nosotros, preocupándose por la realización de nuestra vida. Pero se requiere la contraparte. Dios no nos procura nuestra salvación sin nosotros, ni contra nuestra voluntad. Por parte nuestra se requiere:

- Que nos abramos a esta solicitud de Dios,
- Que tomemos en serio este amor suyo tan increíble,
- Que creamos en el Hijo de Dios crucificado.

Sólo si estamos convencidos de que el Crucificado es el único y predilecto Hijo de Dios, el poder de este amor de Dios puede alcanzarnos eficazmente y podemos desabrochar plenamente a su luz y a su calor. Nuestra vida depende de nuestra fe.

Pero a esto se opone el extraño fenómeno que los hombres prefieren las tinieblas a la luz (3,19). Hay razones para huir de la luz y buscar la sombra protectora de las tinieblas, razones que residen en el comportamiento humano: quien hace el mal evita instintivamente la luz; por el contrario (3,20), quien hace el bien afronta la luz y no huye de ella, no tiene nada que esconder (3,21).

Las palabras de Jesús nos sitúan en el plano ético: hacer el bien o el mal:

- “Bien” es lo hemos hecho según Dios (3,21), escuchándolo, buscando sinceramente poner en práctica su voluntad.
- “Mal” es todo lo hagamos según estos criterios, cuando no buscamos a Dios sino que perseguimos en egoísta autoafirmación nuestros planes y nuestros deseos, aún contra la voluntad de Dios.

Lo que está en el fondo es el egoísmo o el amor. Quien busca solamente a sí mismo, se cierra a Dios y corre el peligro de permanecer cerrado a la luminosa revelación de su amor, le falta el real vínculo con Dios capaz de determinar continuamente su vida. Si una persona no se toma antes en serio la voluntad de Dios, ¿cómo podrá creer en su amor? ¡Este amor lo alejaría más aún del propio egoísmo y lo haría sentir mucho más la propia dependencia de Dios!

Pero quien, por el contrario, busca siempre el vínculo “práctico” (esto es amando a los demás) con Dios, está abierto a la luz de su amor.

En fin...

El dinamismo del “creer” queda establecido:

- (1) El primer paso lo da Dios al colocar la base sólida sobre la cual nos apoyamos: la prueba de amor que Dios nos ha dado enviándonos a su Hijo.
- (2) El hombre responde con la recepción del don. En este acto el hombre vuelve a “nacer”.
- (3) El hombre es sumergido en la vida de Dios. Este nuevo nacimiento nos conduce al sentido y a la plenitud de nuestro ser, a la verdadera “vida” que no pasa.

Lo sorprendente es saber que si podemos amar es porque hemos sido amados primero. Este es el primer y fundamental paso: el que Dios dio por nosotros. Y es tangible, concreto: Jesús, el Crucificado, no es un pensamiento o una teoría, una hipótesis o una fantasía, sino una auténtica realidad histórica. ¡Tan real es el amor de Dios!

4. Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

« ¿Qué viene a ser la serpiente elevada? La muerte del Señor en la Cruz.

Una vez que la muerte proviene de la serpiente, fue representada por la imagen de la serpiente. La mordedura de la serpiente es letal, la muerte del Señor es vital. Mire la serpiente para quedar inmune de la serpiente.

¿Qué quiere decir esto? Mire la muerte para que la muerte nada valga. ¿Pero la muerte de quién? La muerte de la Vida, si se pudiera decir así: la muerte de la Vida. Y puesto que se puede decir de esta manera, es maravilloso decirlo...

¿Acaso tendré duda de decir lo que el Señor se dignó hacer por mí? ¿Por ventura no es Cristo la Vida? Y, a pesar de todo, fue crucificado. ¿No es Cristo la Vida? Y aún así murió. Pero en la muerte de Cristo murió la muerte; porque la Vida muerta mató la muerte, la plenitud de la Vida devoró la muerte; la muerte fue absorbida en el Cuerpo de Cristo.

Así también nosotros diremos en la resurrección, cuando triunfantes, cantaremos: ‘¿Dónde está, oh muerte, tu pretensión? ¿Dónde está tu agujón?’ (1 Corintios 15,55).

Mientras tanto, hermanos, para que seamos curados del pecado, contemplemos a Cristo crucificado”.

(San Agustín, Tratado sobre el Evangelio de Juan, 12, 11)

5. Para cultivar la semilla de la Palabra en la vida

- 5.1. ¿Cuál es el contexto de la enseñanza de hoy? ¿A qué estaba respondiendo Jesús?
- 5.2. ¿Qué idea tengo del amor de Dios?
- 5.3. ¿Qué afirma Jesús sobre lo que Dios ha hecho por nosotros? ¿Que grado de realidad tienen para mí estas afirmaciones? ¿Las considero descripciones de la realidad decisiva para mi vida?

5.4. ¿Qué mundo es aquel que es dejado a sí mismo y a su destino? ¿Qué mundo es aquel que es sostenido por el amor de Dios y por su voluntad de salvación?

5.5. ¿Me doy cuenta de que en el mensaje de Jesús todo se fundamenta sobre Dios y sobre la fe? ¿Cuáles son los pasos del dinamismo del “creer”? ¿Cómo me voy a preparar para la renovación de mi fe en la Vigilia Pascual?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM

Anexo 1

Pistas sobre las otras lecturas del Domingo

Sumario: Dios es rico en misericordia, escribe san Pablo. En el Antiguo Testamento, Dios mostró esta misericordia a un pueblo infiel: le perdonó sus faltas y los trajo de vuelta a la tierra cuando estuvo deportado. Este es el sentido de la primera lectura, tomada del libro de las Crónicas. La bondad y la misericordia de Dios se manifiestan de manera sorprendente en Cristo Jesús. Elevado sobre el madero de la Cruz, Jesús ofrece la vida eterna a lo que creen en Él.

Primera lectura: 2 Crónicas 36, 14-16.19-23

El autor del libro de las Crónicas nos presenta una reflexión sobre la historia de Israel.

El desastre de la caída del Templo y la deportación del pueblo fueron permitidos por Dios a causa de la infidelidad del pueblo. El pueblo se apartó de la Alianza con Dios y se comportó como si Dios no existiera: comenzó a imitar las maneras de proceder de los paganos: *“Todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, según las costumbres abominables de las gentes”* (36,14).

Los profetas ya le habían advertido al pueblo la desgracia que se avecinaba, pero ellos *“se burlaron... despreciaron sus palabras y se mofaron de sus profetas”* (36,16). Vino entonces la desgracia.

Con todo, Dios no abandonó a su pueblo, le puso un límite a la deportación e le inspiró un edicto de gracia al nuevo rey de Persia (36,22).

Al afirmar al mismo tiempo la fidelidad de Dios a su alianza y su realiza sobre todas las naciones, el texto invita a los creyentes de Israel a no encerrarse en el particularismo. Esta idea se proyecta en el evangelio de hoy, donde Jesús proclama el amor de Dios por el mundo entero: *“Tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo Único”*.

Salmo responsorial: 137 (136), 1-2.3.4-5.6

[Respuesta: *“Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de tí”*, v.6^a]

“¡Cantad para nosotros un cantar de Sión!”, le decía la gente de Babilonia a los judíos que habían sido deportados. Los cantos de Sión son los Salmos, compuestos para la gloria del Dios que reside en el Templo de Jerusalén. ¿Cómo entonar semejantes cantos a aquellos que han demolido el Templo, que han incendiado la ciudad santa y han deportado a sus habitantes? ¿Cómo no ser humillado por tamaña petición?

Orar este Salmo es apropiarnos del dolor, de la humillación y del sufrimiento de todos los deportados que se sienten desarraigados en tierra extranjera.

Segunda lectura: Efesios 2, 4-10

La lectura nos habla de la unión de los cristianos con el misterio de Cristo en unos términos que serán repropuestos en la Vigilia Pascual (ver Romanos 6, 3-11).

De la muerte a la vida en Cristo Jesús: movimiento bautismal (de la muerte a la vida) y fórmula bautismal (“En Cristo Jesús”). En esto se manifestó “el gran amor con que Dios nos amó” (2,4).

Pero hay muchas cosas inauditas en las cuales Pablo se apoya, llegando incluso a innovar el vocabulario griego, en un esfuerzo supremo para intentar traducir este indecible “gran amor” de Dios: con Cristo nos “con-vivificó” (2,5), nos “con-resucitó” y nos “con-sentó en los cielos” (2,6). Todos estos “con” reflejan a comunión con Jesús, que caracteriza la vida del bautizado. Lo más increíble de esto es que ya sucedió. De hecho, ¡Somos obra de Dios! (2,10).

Esta participación en la vida del Señor está descrita en términos positivos y como pura gracia, independiente de cualquier mérito nuestro. El hombre sólo puede intervenir con la fe que consiste ante todo en dejarse amar: solamente después de haber sido objeto de amor misericordioso de Dios en Cristo, uno es capaz de corresponder con las buenas obras correspondientes (2,10) que, por lo tanto, más gracia que mérito.

La percepción de la gratuidad del perdón divino fue lo que le dio un giro fundamental a la vida de Pablo. ¡Ojalá nos suceda lo mismo!

Esta puede ser una buena ocasión para aprovechar esta gracia: sin compensación, sin un “penitencia” que haya que pagar, simplemente dejar que el corazón responda.

(J. S. – F. O.)

Anexo 2

Para los animadores de la celebración dominical

I

Contexto. Este es domingo “Laetare”, así llamado por la invitación que nos hace la antífona de entrada: *“Alégrate, Jerusalén, convoquen la asamblea los que la aman; llénense de alegría los que están tristes; para se alimenten de sus pechos y se sacien de sus consuelos”*. En el conjunto del camino cuaresmal, la liturgia como que nos alivia hoy del rigor de la austeridad: se permiten los instrumentos (aún cuando no sean acompañamiento ni soporte del canto), se puede ornamentar el altar con flores y, donde los hay, se pueden usar ornamentos rosados.

II

El tema de la luz, típico del 4to domingo del Año “A” (la curación del ciego de nacimiento) también está presente en el Evangelio del Año “B” (“La luz vino al mundo”). El uso del prefacio del 4to domingo (propio del Año “A”) es, por eso, una alternativa a considerar.

III

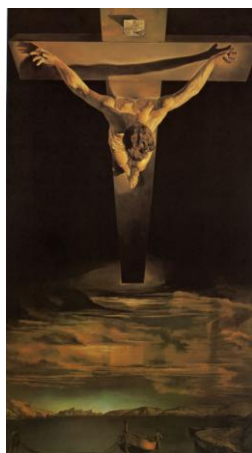
Para los lectores.

Primera lectura: No es difícil. Se trata solamente de poner en práctica la técnica elemental de la dicción, sobre todo, la articulación. Atención a las consonantes y al final de las frases, los cuales deben ser nítidos, sobre en términos como: infidelidades, abominables, sin cesar, escarnecían, indignación.

Segunda lectura: Una lectura excepcionalmente difícil de proclamar, si bien en el leccionario colombiano se ha logrado una buena propuesta. Si la primera frase sale bien, todo lo demás se comprenderá mejor. Intente preparar bien las pausas de esta primera frase. Una sugerencia para cuando prepare: lea primero quitando los incisos (“rico en misericordia”... “a pesar de estar muertos por nuestros pecados”). Trate de comprender y proclamar fluidamente. Cuando lo logre, hágalo de nuevo colocando los incisos. Notará los buenos resultados.

(V. P. – F. O.)

¡TANTO LE IMPORTAMOS A DIOS!



Salvador Dalí: "Cristo de san Juan de la Cruz"

SALMO III

¡Oh, Señor, tú que sufres del mundo
sujeto a tu obra,
es tu mal nuestro mal más profundo
y nuestra zozobra!

Necesitas unirme al infinito
si quieres hablarme,
y si quieres te llegue mi grito
te es fuerza escucharme.

Es tu amor el que tanto te obliga
bajarte hasta el hombre,
y a tu Esencia mi boca le diga
cuál sea tu nombre.

Te es forzoso rasgarte el abismo
si mío ser quieres,
y si quieres vivir en ti mismo
ya mío no eres.

Al crearnos para tu servicio
buscas libertad,
sacudirte del recio suplicio

de la eternidad.

Si he de ser, como quieres, figura
y flor de tu gloria,
hazte, ¡oh, Tu Creador, criatura
rendido a la historia!

Libre ya de tu cerco divino
por nosotros estás,
sin nosotros sería tu sino
o siempre o jamás.

Por gustar, ¡oh, Impasible!, la pena
quisiste penar,
te faltaba el dolor que enajena
para más gozar.

Y probaste el sufrir y sufriste
vil muerte en la cruz,
y al espejo del hombre te viste
bajo nueva luz.

Y al sentirte anhelar bajo el yugo
del eterno Amor,
nos da al Padre y nos mata al verdugo
el común Dolor.

Si has de ser, ¡oh, mi Dios!, un Dios vivo
y no idea pura,
en tu obra te rinde cautivo
de tu criatura.

Al crear, Creador, quedas preso
de tu creación,
mas así te libertas del peso
de tu corazón.

Son tu pan los humanos anhelos,
es tu agua la fe;
yo te mando, Señor, a los cielos
con mi amor, mi sed.

Es la sed insaciable y ardiente
de sólo verdad;
dame, ¡oh, Dios!, a beber en la fuente
de tu eternidad.

Méteme, Padre eterno, en tu pecho,
misterioso hogar,
dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar.
(Miguel de Unamuno)